

Soliloquiar de un escritor y cirujano

¿Por qué antepongo la escritura a la cirugía? Por el orden cronológico de aparición en mi vida. Rememorando mi lejana pubertad, cuando cursaba los estudios secundarios en la recién creada Extensión Universitaria dependiente de la Universidad Nacional Autónoma de México, me veía precisado a sacar apuntes que me ayudaran a repasar lo escuchado, dado que era común la carencia de libros dedicados a tal o cual materia. Mis compañeros que veían mi asiduidad al respecto, con frecuencia me pedían prestadas mis notas, las cuales muchas veces no me eran devueltas o regresaban maltratadas e ilegibles.

Feliz hallazgo para mí fue el mimeógrafo. Con este artefacto y su papel encerado no sólo impregné mis uñuelas de un tinte entre cianótico y negruzco, sino conseguí sufragar los costos de mi pasaje hasta ya entradas esas postrimerías en la Preparatoria de San Ildefonso, también dependiente de la Universidad Nacional Autónoma de México. Más tarde, ya en el preludio del quinto año de la carrera de médico, un numen ignoto me instó a escribir con atrevida inexperiencia sobre temas médicos en el periódico *El Informador de Cuernavaca*, Morelos, labor social que proseguí hebdomadariamente por un año. ¿Arrancaría desde ese entonces la informática o comunicación médica periodística hoy en boga, y la cual ahora incluso cuenta con licenciatura?

Pasaron los años como la brisa en un arrebol. La vocación acendrada hacia la cirugía se despertó en aquel entonces, cuando aprendí de mis egregios maestros las técnicas y las tácticas quirúrgicas, a partir de las cuales constaté los alcances sublimes de la comunión del pensar y del hacer en aras de la curación. Me incliné por sanar al indefenso y vulnerable niño. En el crisol de mi transitar se prendió la hoguera en la cual ardería hasta estas fechas mi pretensión de cirujano y la incipiente fatua de escritor. Concurren a mis recuerdos ya octogenarios, cuán distintas eran las dificultades y cuán diferentes las veredas por andar con el objetivo de obtener las citas bibliográficas. En este soliloquio improvisado considero que en esos ayeres era tarea titánica cumplimentar un artículo con bibliografía veraz y crediticia. Sin descuidar la labor nosocomial, con todas sus diversas facetas por nosotros vividas, tan repleta de vicisitudes y avatares, teníamos que hurtar a los tiempos dedicados a la familia o al solaz, los lapsos que necesitábamos en el ir y venir a las bibliotecas reconocidas de escuelas y facultades, a las de sociedades y academias. No era rareza acudir con penurias de principiante a entrevistarnos con el médico connotado de quien sabíamos de su experiencia en el área en la cual estaba involucrado nuestro trabajo

o artículo, e incluso era hábito solicitar epistolarmente de un autor extranjero el envío de sus publicaciones.

Y me inquiero como tal vez otros tantos leídos y escribidos bajo condiciones similares se han preguntado: ¿Es desaconsejable abreviar a la indagación bibliográfica a la usanza descrita? ¿O convendría sugerirle a la nueva hornada de articulistas en medicina que no sólo se conformen con las citas proporcionadas por Internet? Al declinar el ocaso de mi vida abrigó convencido el que ambas tendencias, la de la investigación bibliográfica con el denudo pretérito y la conseguida vía Internet, no se oponen sino que se complementan, aunque con el predominio que debe existir, claro está, de la una sobre la otra y según el caso.

Lo esbozado en líneas anteriores es corolario que justificará las siguientes digresiones, conjecturas comparativas y consejas. Pienso que si en mi alforja de Cronos se acumulan no sólo las obras y los artículos editados, sino como también la afluencia de las miles de lecturas de revistas médicas y de otros tantos textos, ello me permite estar en condiciones de desglosar apocadamente los que estimo son comentarios prácticos y simplistas:

- Es conveniente recomendar a las nuevas generaciones no apartarse de la investigación de citas bibliográficas y de lugares que fuesen obtenidos por otros medios distintos a los que proporciona Internet.
- Se puede incurrir, intencional o preterintencionalmente, en una afrenta e injusticia ética y autoral al no citar a quien o quienes tienen justos derechos de aparición en las referencias bibliográficas y a quienes por razones de apatía, abulia, negligencia u otras causas circunstanciales son omitidos.
- Existen revistas con registros de aprobación mundial que publican artículos cuyo contenido de fondo no va más allá de las tres cuartillas y los cuales, en cambio, dan cabida con superlativa desproporción a una lluvia de referencias sacadas de Internet y que ocupan casi el mismo espacio.
- He notado últimamente que por diversas razones, unas desagradables que prefiero omitir y otras por las facilidades que brin-

da Internet, que persiste una inequidad nómérica en cuanto a las referencias bibliográficas a favor de los extranjeros en algunos artículos en los que se sabe deberían estar incluidos destacadamente y en mayor proporción autores mexicanos.

- Sería digno de tomar en cuenta por los editores en las normas para los autores, que a estos últimos se les conminara a adjuntar gráficas, cuadros sinópticos, dibujos, bocetos, esquemas y, sobre todo, muy primordial y destacadamente, las fotografías auspiciadas por las nuevas tecnologías; ello da veracidad y credibilidad inmarcesible a las presentaciones y a los artículos. En los atardeceres del siglo pasado lo común era que los autores aportáramos de nuestro propio peculio el costo de la publicación de nuestra iconografía. Circulan algunos índices y bases de revistas médicas (Lilacs, Artemisa, Salud, Bibliomex, Index Medicus, etc.) en las que no aparece una sola fotografía, cuando que el tema se prestaría a exhibir no una sino varias de ellas y a sabiendas proverbiales de que una imagen enseña lo que mil palabras.

En los requisitos para la edición de aquel entonces se obligaba a que los autores que encabezaban tal o cual artículo no fueran más de tres, y que de no ser así sólo se agregara la contracción ...y cols. Actualmente notamos que son aceptados en algunos artículos, seguramente con el propósito de allegárseles créditos curriculares postizos, los nombres de hasta seis o siete participantes. Ojalá que este soliloquio, de por sí ya íntimo y personal, no sólo entretegna sino resulte útil y haga reflexionar.

Andrés E. Straffon-Osorno,
Pediatra cirujano de la plantilla fundadora del Hospital de La Raza, Instituto Mexicano del Seguro Social. Presidente fundador y vitalicio de la Asociación Nacional de Protección al Recién Nacido
Tel. 5678 1642.
Correo electrónico:
astraffon@prodigy.net.mx 